

LA RESURRECCIÓN DE DON PORFIRIO

La aristocracia de México también creyó que había triunfado con el Cuartelazo de la Ciudadela; algunos capitalistas habían dado dinero, pequeñas cantidades; las damas de la aristocracia que no habían querido a Madero, porque daba fiestas a las que iban revolucionarios que olían a sudor, al triunfo del Cuartelazo prepararon con sus modistas los trajes que iban a lucir en las grandes "soirees", donde el ídolo sería el joven sobrino del para ellas inolvidable Don Porfirio: pensaban en las fiestas donde se reunirían sólo ellas, las mimadas de la suerte, las que se habían constituido por el éxito de su clase en treinta años, en reinas de la elegancia y de la belleza, pensaban, en fin, en la resurrección del porfirismo, pero de un porfirismo rejuvenecido, con un Don Porfirio donjuanesco, que iba al cuartelazo con sombrero flexible, florecido de ramos y de violetas.....

Y llegaron a decir algunas de las más conspicuas damas de la aristocracia:

—Ahora sí nos tocó la nuestra: vamos a matar pedados.

En fin, el viejo partido porfirista creía que la revolución había muerto con el último cañonazo de la Ciudadela. Yo pensaba distinto.

La revolución que se había combatido primero con la sangre generosa de un ejército de viejos militares y de niños que en gestos heroicos daban su sangre sólo por su hombría (según la frase de mi general Eguía Liz), era todavía nacional: todavía estaba latente en el corazón de las masas, todavía la anhelaban los mexicanos. Y como yo comprendí esto, en mi primer discurso pronunciado ante las Cámaras y ante el Cuerpo Diplomático, que estaba conmovido por mi arenga, dije que mi Gobierno sería eminentemente revolucionario.

* ¿LINCHAMIENTO?

La muerte de los señores Madero y del señor Pino Suárez, la voy a referir muy brevemente, sólo para dar pequeñas enseñanzas a los militares y a los políticos que tengan que resolver problemas como el que me ocupó a mí a raíz del triunfo de la Ciudadela.

He dicho que me pedían a los cuatro prisioneros y que yo sólo di dos: pero no he explicado por qué en tal

ocasión fui parco para dar. Y bien, señores, yo sólo mandé a dos, porque si mandó a los cuatro no HUBIERA PODIDO PROTESTAR LEGALMENTE ANTE EL CONGRESO DE LA UNIÓN.

En la muerte de Don Gustavo, dictada por el silencio de mi discípulo Félix y por orden expresa de Mondragón, (este General injurió cruelmente al prisionero antes de matarlo) hay un hecho digno de ser considerado. Desde luego, la intervención de los oficiales del Ejército Federal en tal asesinato. No sé quién disparó el primer tiro al prisionero, si fué un militar o si un mozo de Mondragón; pero sí sé que en el momento en que fué herido Don Gustavo, se arrojaron sobre él los jóvenes militares que se habían pronunciado por las insinuaciones de Mondragón, y LINCHARON al político.

No solamente se consumó este crimen en la forma brutal de asesinato, sin el requisito legal de formar un Consejo de Guerra al reo, sino que, como ya he dicho, se llegó hasta el LINCHAMIENTO, que sin duda alguna es la forma más cobarde de matar.

Dos días más tarde, el General Mondragón repetía esa hazaña, ordenando a los militares que asesinaran a un hombre indefenso e inofensivo, a quien no había necesidad de castigar, pues no podía invocarse para ello, siquiera, la razón política. Me refiero al señor Manuel N. Oviedo, periodista independiente que desempeñó el puesto de Prefecto Político de Tacubaya.

Después de hacer que unos oficiales (entre los que se encontraba uno muy allegado a Mondragón) trajeran a su presencia al reo, acusado de haber cateado la casa del General Mondragón, éste ordenó que se le matara en forma brutal:

¡Mátenlo!

Los oficiales dispararon sus armas sobre el cuerpo del periodista y la forma de LINCHAMIENTO del señor Gustavo Madero se reprodujo hasta con el detalle del robo de las prendas de la víctima, pues unos oficiales regresaron a la casa de Oviedo y pidieron a la viuda el reloj y el caballo del hombre que acababan de asesinar.....

Por esto yo siempre he dicho, contra la opinión general, que Mondragón no es inteligente.

LA SABIDURIA DE LOS POLITICOS

Yo quería fusilar, desde que fué mi prisionero, a Don

Francisco I. Madero. Lo quería fusilar por venganza, porque, hombre de pasiones como soy, no podía vivir sin vengarme de lo que me hizo aquel hombre.

Pero lo hago constar desde luego: yo no quería que Madero desapareciera porque temiese que un día me derrocará. Ya he dicho que yo siempre desprecio las revoluciones.

Mis Ministros, si temían a Madero. Creían que si quedaba en libertad, organizaría una nueva revolución. Le temían y le odiaban. Tan así lo creí, que pensé en dejarlo en sus manos, para que lo fusilaran. Lo hubieran hecho, según pude cerciorarme por hechos posteriores.

Consulté lo que debía hacer con ellos, para sondear sus opiniones. Los más inteligentes me decían que dejaban a mi elección la forma de resolver aquel pequeño problema; otros opinaron porque se ejecutara a los dos prisioneros. Robles Gil, el único, me declaró que se debía respetar a aquellos dos hombres, consignándolos al Gran Jurado.

La verdad, aquel hombre tan ridículo para todos los políticos y para la aristocracia, había hecho una revolución poderosa; había dado un golpe de muerte a un régimen de treinta años; pugnaba, aunque fuera muy débilmente, por el triunfo de los humildes.....

.....Y no obstante que sus incertidumbres eran tan grandes, que tenía de Ministro a su tío (que consultaba a su vez con Limantour), los políticos no hubieran permitido que viviera: ¡le temían!

Me decidí a ejecutarlo y ordené a Blanquet que buscara gente apropiada para ello, que no fueran militares de línea, para no incurrir en la misma falta de Mondragón.

Blanquet lloraba con lágrimas verdaderas la muerte de su oficial más querido, Jiménez Riveroll; tenía, pues, necesidad de vengarse.

Francisco Cárdenas y un tal Pimienta, gente de la más desprestigiada entre los irregulares, fueron los comisionados para encargarse de las ejecuciones. Venían en la columna de Blanquet.

No conozco bien los detalles del suceso, porque yo, como General, poco me preocupo de los detalles. Me interesa la idea general. Lo de detalle, lo dejo a mis subordinados.....

Las ejecuciones se consumaron en las afueras de la Penitenciaría de México, entre once y doce de la noche. Llevaban a los reos, en automóvil, el Mayor del 7o. Cuerpo

Rural, Don Francisco Cárdenas y el oficial Pimienta, que se había distinguido siempre por su facilidad para consumir ejecuciones de muerte.

Un grupo de paisanos, creo que todos comisionados por los hombres de la Ciudadela para que asistieran a la ejecución, esperaban en las afueras de la Penitenciaría el momento de tomar parte en los asesinatos. Creían tal vez que ellos iban a acabar con los ex-funcionarios, pero no se necesitó de sus servicios, pues Cárdenas dió un balazo a Madero, en la cabeza, diciéndole antes para que vóltara, que viera una bola (multitud):

A Pino le dió tres balazos Pimienta, y los de la Ciudadela, que no quisieron permanecer inactivos, hicieron una descarga sobre los dos cadáveres.

Cometieron la torpeza de enterrar inmediatamente a los dos muertos; pero en cuanto lo supe, ordené que los exhumaran y los presentaran a la Penitenciaría, pues en un Consejo de Ministros que celebré una hora más tarde, los señores Secretarios de Estado me dieron esta idea luminosa.

Yo tengo que alabar en esta ocasión a los señores licenciados y políticos que me hicieron tomar tal determinación, pues así logré encontrar la solución del asalto por una multitud a la escolta que llevaba a los prisioneros a la Penitenciaría, es decir, la verdad oficial.

¡Saben mucho estos señores políticos!

Al día siguiente, cuando se supo la muerte de los dos políticos, recibí más de mil felicitaciones.....

Mis oficiales me proclamaron el salvador de la República. Se me abrazaba públicamente por el asesinato de los dos funcionarios, se me aclamaba!

Y fueron tantas y tamañas las felicitaciones que recibí, que llegué a considerar que en verdad había vengado a la Nación del atentado que consumara aquel hombre, enfrentándose contra Porfirio Díaz.

YO, PRESIDENTE!

Lo que sentí al ocupar la Presidencia de México, fué algo que no pude ni podré explicar. Me creí el amo de México, el dominador de todo aquel pueblo del que yo había formado parte como uno de los más humildes, desde hacía tantos años. Y pensé.....

Voy a relatar cuál fué la primera aspiración que tuve en el poder; ayudar a los humildes, hacer la paz, engran-

decer a los eternamente vejados. Creo que esto mismo le ocurrió al General Díaz, cuando por el Plan de Tuxtepec llegó a la Presidencia de la República.

Pero pronto esas ideas cambiaron para dar paso a una sola: mi odio a la aristocracia, a Félix Díaz, al grupo porfirista que había estado en el Poder durante treinta y cinco años y que en aquellos días creía que yo me presentaba como instrumento suyo, como espantajo para esperar un momento en que Don Porfirio Díaz volviera a entronizarse por medio de Félix Díaz, su sobrino, su sucesor!

Sí, señores, yo odié desde aquel momento a Félix Díaz, porque yo nunca había sido porfirista, nunca, ni por un instante de mi vida, ni cuando por mi sola orden y en un arranque de hombria, ordené que ante la bandera que flameaba sobre el mástil del "Ipiranga", que se llevaba al destierro al ex-Presidente, se tocara el Himno Nacional!..... Entonces todos habían creído que yo era porfirista. Y debo confesarlo: yo ordené que se tocara el Himno, por anti-maderismo, no por porfirismo.

Me irritaba hasta la idea de saber que los felixistas, en los que yo no veía sino a los porfiristas, me pudieran suponer tan inocente de entregarles el Poder!

¿Qué iba a hacer, para sacudirme al felixismo? No lo pensé. Si consideré que la situación era grave, pues el felixismo cundía y algunos felixistas estaban armados. Pero yo tenía otras armas de las que ellos carecían: mi gran inteligencia y el Poder.

MIS PRIMERAS 5,000 VICTIMAS

A muchos les ha llamado la atención la fuerza que tengo para atraer las simpatías o el respeto de las gentes que me hablan. Yo mismo he tratado de explicarme en qué consiste este poder de sugestión, y nunca lo he conseguido.

Recuerdo que uno de mis Ministros, el licenciado García Naranjo, me decía en una ocasión:

—La mejor labor política que puede usted hacer, es hablar con sus enemigos. Los haría huertistas en una hora.

Y, saben ustedes, señores, lo que yo decía a los que hablaban conmigo? Pues sólo les decía mentiras.....

Yo no reflexioné jamás para decir una mentira. Las decía espontáneamente y constantemente, a todas horas, por cualquier motivo, muchas veces sin objeto.

También debe haber concurrido a acrecentar mi poder de atracción, que siempre propuse a los amigos y a los enemigos, los dos caminos: el de la amistad (y en este caso les daba todo lo que querían), y el de la guerra (y en este caso no podían esperar sino la muerte). Algunos imbéciles dicen para explicar mi don especialísimo que "era yo un indio muy ladino". Y les he llamado imbéciles a los que tal dicen, porque Medina Barrón, por ejemplo, es muy ladino y sin embargo no puede atraerse ni engañar a nadie.

Se me temía mucho también, desde el principio de mi Gobierno. La muerte de Madero y la sangre fría de que diera muestras patentes para poder permitir que se mataran cinco mil seres durante la "Decena Trágica", me hacían temible. Si no me había detenido ante tales hechos —pensaban mis enemigos— no me iba a detener para mandar fusilar a cualquier hombre.

Yo procuré siempre, por sistema, inspirar terror. Y esto lo lograba mintiendo y matando. Las dos cosas las hacía con exceso, según la opinión pública.

MIS TANTEADAS

Durante todo mi Gobierno, no hice sino lo que en México llamamos "tanteadas".

Entraba y salía por las puertas de Palacio a horas imprevistas, cuando la guardia no estaba preprada para hacerme los honores; dormía de día y en las noches me reunía con mis amigos; visitaba a todas horas a gentes de costumbres morigeradas que se asustaban con mis visitas; mandaba reunir a mis Ministros a las altas horas de la noche, para pedirles consejos sobre cosas que ya previamente tenía resueltas o para decirles que se tomaran una copa conmigo.....

Me levantaba de la mesa de mi casa a medio comer y dejaba allí, esperándome, a las gentes a quienes había invitado mi familia; recibía al público solos unos cuantos días, en Palacio; pero bastaba que me fuera a saludar uno de mis amigos o uno de mis generales, para que me pusiera a charlar con ellos, despreciando a los que esperaban para tratarme de todo género de asuntos.

El desorden en mis costumbres, llamó la atención de todo el pueblo; pero no me atrajo antipatías, pues siempre era mejor un Presidente así que un hombre de bronce, que decía sólo dos palabras, como Don Porfirio, o co-

mo los señores Madero y de la Barra, que hacían muchas promesas a sus visitantes y que no cumplían ni una sola.....

Todo el mundo esperaba que yo me fuera a vivir a Chapultepec, un día después de la protesta que hice ante las Cámaras. Creían que iba a dar el espectáculo que dió el señor de la Barra, quien envió desde su recamarera con los triquis, hasta los pericos.....

Sorprendido porque yo no me iba a Chapultepec, uno de mis Ministros me hizo notar tal cosa y lo le contesté..... no puedo decir aquí lo que le contesté.

No empleé, al principio de mi Gobierno, ninguna medida de terror. Creía que con la hecatombe de la Ciudadela el respeto a mi Gobierno era nacional, como las tortillas.....

EL PADRINO DE LA REVOLUCION

En estas circunstancias, se alzó de nuevo la revolución maderista. Era la misma pugna entre la gente que no había comido en treinta años y la que desde hacía treinta años comía.....

Los que ahora se levantaban, (me refiero a los que tomaban las armas, no a los que encabezaban el movimiento político), eran los mismos irregulares que Madero había metido en el Ejército cuando trató de reorganizar éste con elementos que le fueran del todo adictos, con su gente. Era, pues, la misma revolución, pero con esta ventaja para los que no habían logrado el triunfo: enseñar a los fanáticos, a los que todavía creían en el maderismo, la víctima inmolada y sangrienta.

Era, como me dijo no sé quién, una religión en su etapa más próspera, la de los mártires.

Cuando me dijeron tal cosa, me sonreí, pues yo nunca he creído en las revoluciones, no creo ahora.

Pero si para mí no tenía peligro la revolución, en cambio me traía un argumento para prolongar mi labor destructora del felixismo. Y vi con toda claridad, con perfecta percepción, que mi salvación, mi única salvación por el momento, era la revolución.

Y propagué la revolución. Sí, señores, si hay alguien que se pueda llamar padre de la revolución de 1913, yo creo que no me disputará el puesto de padrino, que yo ejercí entonces.

Yo podía destruir a la revolución. Con una sola orden reunir a mi gloriosa División del Norte, y lanzarla

sobee los focos de sublevación, acabar a los rebeldes, exterminarlos y hacer la paz. Todas las razones sociológicas que se opongan a esta verdad, deben de considerarse nulas, sólo patrañas de los imbéciles que creen que se puede triunfar cuando un Gobierno no quiere caer. ¿Quién podrá negarme que con aquellos seis mil hombres de la División del Norte, yo no me podía pasear por el último rincón de la República, sin que nadie se atreviera a dispararnos un tiro de fusil?

Pero no sólo la consideración anterior me obligó a fomentar la revolución, dejándola crecer; me interesaba mucho esta otra idea: crear mi grupo, hacer mis hombres, formar una República netamente huertista, pero no porque hubiera manifestaciones huertistas, como ocurrió con el señor Madero, que creyó que el pueblo de México era maderista y no hubo un hombre de los suyos que tomara las armas para defenderlo, aunque muchos las pidieran a gritos; no, yo quería una República de amigos huertistas, de gente que recibiera de mí los más grandes beneficios y hasta el pan. Pensaba hacer un ejército numeroso y fuerte, lleno de nulidades militares, pero capaz de aplastar por su número a cualquier revolucionario. Para decirlo en una palabra, yo, que no había sido electo, pensaba ya en la reelección!

Y retiré a Rábago de la División del Norte, porque el General Rábago es un hombre incapaz de comprender políticas; honrado y dispuesto a cumplir con su deber, sin importarle el sacrificio de la vida. Rábago, señores, es uno de los elementos más puros y más dignos que ha tenido el Ejército.

Dejé al General Miguel Gil en Sonora y a Trucy en Coahuila, a fin de que con la ineptitud que les reconocía, fueran arrollados por la revolución. Gil fué requerido para hacer una reconcentración que hubiera acabado con la rebeldía de Sonora, pero yo impedí que la hiciera, no ordenándoselo. El, que es inepto, se encargó de dejarse arrollar.

En cuanto a Trucy..... ya se sabe quién fué Trucy, el mejor amigo de los revolucionarios.

Y la revolución empezó a crecer, a aumentar en la forma, a ganarse la opinión de la gente dispuesta al saqueo y al delito.

Mi política empezaba a desarrollarse.....

UNOS NIÑOS

Félix Díaz mi discípulo y el General Mondragón, son unos niños, aunque oigan ustedes llamar a Mondragón el mejor General de Artillería de la República. Son unos niños y con Mondragón ocurre lo que con todos o con la mayoría de los hombres de prestigio de México; no sirven para nada: ni son inteligentes a los que se llama inteligentes, ni son valientes a los que se les llama valientes, ni son sabios los que están señalados como tales. Mi país es el país de la mentira, de la falsedad, del extravío. No sé si así ocurra en otros países.

Los que siguieron a Félix en el Cuartelazo, lo hubieran abandonado si lo hubiesen conocido con anticipación. En verdad el Cuartelazo de Veracruz les había mostrado al hombre, pero parece que esto no les bastó.

Félix era un sublevado que no quería sublevarse; un candidato a la Presidencia, que no quería molestias ni luchas; era un militar sin carrera y sin combates, un revolucionario que dejaba tres millones de pesos en la plaza que había ocupado; un hombre que creía en la lealtad de los hombres.....

Y Mondragón que lo tomó como jefe, era un hombre a quien en México llamaban inteligente!

Se ha dicho que yo traicioné a mi discípulo y eso no es verdad en lo absoluto, como no es verdad que los sublevados hubieran triunfado en la Ciudadela. Me hubiera bastado aislarlos en la ratonera en que se metieron, para acabarlos. Sé que un día antes de que yo resolviera la situación, estaban ya sólo unos cuantos hombres, dispuestos a emprender la fuga. En fin, con sólo negárles mi apoyo, los hubiera aniquilado: en realidad estaban vencidos desde que se encerraron en la Ciudadela.

Por esto he dicho verdad cuando sostengo que yo fui quien triunfó y no ellos. Aunque, por otra parte, en estos asuntos de sublevaciones, no hay que contar con la palabra de los que no la dan espontáneamente: se deben emplear todas las armas, porque nunca como en estos casos todas las armas son buenas.

He llegado a pensar que mi discípulo Félix no hizo el Pacto de la Embajada para ocupar la Presidencia de la República, sino para salir de aquella situación en la que su cabeza, bastante débil, se había extraviado.

Pero yo tenía que destruir la creencia general de que mi discípulo era el vencedor, yo tenía que demostrar ante

el mundo, que la Presidencia de la República no estaba en la calle de las Artes, (domicilio de Félix Díaz), a donde concurrían todos los políticos y todos los que deseaban prosperar, sino en el Palacio Nacional.

Empecé a atraer al General Mondragón. Fué labor muy rápida. El hombre comprendió que estaba en mis manos, que yo lo podía sostener en la Secretaría de Guerra, o mandarlo fusilar.....

Y Mondragón, que lo que quería era prestigio y dinero, se sometió a mí y traicionó a su amigo y socio.

Mondragón quería prestigio, porque nunca lo había logrado tener, ni a pesar de sus inventos, y quería dinero, porque es hombre insaciable.....

Mondragón es el tipo del ambicioso. Pero no del ambicioso que está destinado a triunfar, porque sus actividades, que son múltiples, las divide: quiere dinero y quiere prestigio. Y la verdad, estas dos cosas, no se obtienen rápidamente en mi país.

El Cuadrilátero Parlamentario (al Triángulo se había unido el licenciado Moheno) laboró para destruir la alianza Félix Díaz-Mondragón.

Me comprendió Mondragón y rompió dulcemente su alianza con Félix Díaz.

LO QUE SOPORTO FELIX

Al mismo tiempo que hacía la labor de atracción de los Ministros, "orientaba" hacia mí a toda la gran masa de gente dispuesta a prosperar.....

Pronto fueron descubriendo que yo era el Presidente de la República y no un espantajo de factura felixista. Pronto se convenció toda la Nación de que Félix Díaz estaba más muerto que don Francisco I. Madero!

Eso sí, yo me sujetaba a las farsas de los amigos de Félix, que tenían la idea de presentarme como un maniquí de mi discípulo.

A Félix lo atormentaba hasta con mi presencia; lo llamaba a las altas horas de la noche, o a las altas horas de la noche lo visitaba, y hasta le decía "señor Presidente".....

Y al mismo tiempo le quitaba uno a uno de todos sus amigos, alejaba del mando de fuerzas a todos los que habían secundado el Cuartelazo; a los sospechosos los mandaba a Quintana Roo, fusilaba a algunos que parecían dispuestos a cualquier cosa.....

Pronto se empezó a atacar a Félix Díaz en mi presencia, a juzgársele en forma dura, a vilipendiarlo y a destrozarlo. Rubio Navarrete, que sentía un odio profundo por Félix Díaz, a quien le atribuía todas las desgracias del país, lanzaba arengas inverecundas en todas partes contra el "Caudillejo de la Ciudadela".

Los periódicos del Gobierno desgarraban al "sobrino de su tío", en las oficinas públicas se burlaban del Cuartelazo, y la idea de que podía haberse destruído el núcleo de sublevados, era nacional.

Empezaron a proponerme muchas personas, fusilar a Félix Díaz, como una medida para la paz.

Pensé en alejarlo y le envié con una comisión: representar al Gobierno ante S. M. el Emperador del Japón, para darle las gracias por la comisión que había enviado a las fiestas del Centenario de la Independencia. (Yo soy cruel para herir, señores, porque mis heridas han sido siempre crueles). Me han enseñado a hacer el mal, sacrificándome; por eso no se me juzgue. El Gobierno del señor Madero había acordado enviar una misión diplomática ante el Imperio del Sol Naciente para dar las gracias al Mikado por la comisión que a su vez había enviado para las fiestas del Centenario de la Independencia de México. Y había nombrado al señor Madero al señor su hermano, Don Gustavo, para que fuera el Presidente de aquella misión. Ahora yo confería el mismo alto honor, al hombre que señalaba el mundo entero como asesino de Don Gustavo Madero!

Esta forma un poco brusca, la empleé para demostrar a los imbéciles que Félix Díaz no sería el Presidente. ¡Y ni así lo creyeron!

LA PIEDAD DEL LICENCIADO REYES

Mi discípulo, incapaz de sublevarse, de hacer un movimiento de protesta, de nada, nombró a los que lo habían de acompañar, y con ellos partió.....

Ya en Europa, antes de que desempeñara su comisión, lo mandé regresar. Lo iba a capturar en Veracruz, lo dejé que escapara, lo hice añicos.....

Y bien, se necesitó todo esto para que me creyeran un hombre capaz de no cumplir mi palabra!

El señor General Díaz tuvo dos amigos: Ocón y el hijo de mi Jefe, el licenciado Rodolfo Reyes. Fueron estos dos hombres los únicos que no vacilaron en sostener sus

compromisos. A Rodolfo Reyes lo tenía aislado, rodeado de enemigos, y sin embargo, se mostraba amigo de Félix.

Un día, después de acordar conmigo lo relativo a Justicia, me dijo:

—Señor, traigo en mi cartera tres pliegos en blanco, firmados por Félix Díaz. Y bien, señor, lo que usted quiera que firme Félix Díaz, puede dictármelo en este momento: su renuncia, la disolución del Pacto de la Embajada, lo que usted quiera. Yo le ruego a usted que cese la burla que se le está haciendo.

Pensé rápidamente lo que tenía que contestar, e iba a hablar, cuando el señor licenciado Reyes me preguntó:

—¿Qué es lo que quiere usted que haga Félix?

—Que cumpla con sus compromisos políticos, que vaya a las elecciones, que triunfe.

Y desde entonces, ya no volvió a hablarme más de Félix Díaz el licenciado Reyes.

COMO DABA

Aniquilado el felixismo, volví los ojos a la campaña militar, contra la revolución.

El prestigio del Ejército estaba ya en duda. Los rebeldes habían consumado victorias contra nuestros soldados. Los dos núcleos, el de Sonora y el de Coahuila, eran menos débiles que el de Chihuahua, donde por la impericia o por la lenidad del General Mercado, se había disuelto la División del Norte.

Recuerdo que mi compadre Urrutia, respondiendo a la opinión pública, me propuso el fusilamiento de los Generales que estaban sufriendo derrotas injustificadas. No acepté tal proposición, pues todavía necesitaba que la revolución prosperara.

La opinión en México y en algunas partes de los Estados, era la de que el Gobierno de mi mando iba a fracasar. Pero todos creían esto porque sí, sin saber una razón más que la militar, que era la más despreciable. Yo hubiera hecho la paz en un mes, si he querido.

Voy a explicar por qué no era el momento de hacer la paz: todavía no tenía yo el número de huertistas que necesitaba para sentirme fuerte. Había ya algunos hombres interesados en mi triunfo. No podían abandonarme, porque todos estaban en espera de un momento oportuno para enriquecerse: ansiosos de continuar sirviendo a mi Gobierno, que les daba todo lo que querían. Muchos

ya eran mis cómplices en innumerables combinaciones políticas y en delitos.

Quiero referirme a esto con alguna detención, pues se me ha acusado de ser un corruptor de hombres y ese cargo lo voy a rechazar con pruebas.

Yo daba honores y dinero. Los hombres, todos los hombres, fundan en esto la prosperidad, el triunfo, el éxito. Sus afanes, no son sino para obtener una de estas dos cosas, o las dos.

Y es una verdad que se ha comprobado siempre, que el que tiene más ambiciones, tiene más energías.

Yo había observado ligeramente, sin acudir a la filosofía, ciencia por la que tengo alguna aversión, la verdad que he citado.

Mi persona, mi "caso", como dicen esos señores sabios, es toda mi enseñanza: obré por mi experiencia o por mis impulsos. Y aunque tal vez esto le pasa a la mayoría de los hombres, es verdad negada por todos.

Digo que emprendí mi labor de atracción dando a los que me pedían, pero dándoles sin tasa, sin medida, con una liberalidad que no había tenido nunca ningún gobernante. ¿Se necesitaba violar la ley para atender una súplica? se violaba; pero el que pedía tenía siempre lo que solicitaba.

¡Ah, si yo hubiera permanecido en el Poder, mis amigos se hubieran enriquecido y la Nación se habría salvado! El número de amigos del Gobierno hubiera sido igual al de habitantes de la República.

Fué uno de los errores del Gobierno del General Díaz, reducir el número de amigos en beneficio de un grupo de ambiciosos, sólo porque éstos querían dinero y no poder. Si el General Díaz extiende su protección a todos los que se la pidieron, los que le arrojaron del Poder hubieran sido los que hubieran presentado el pecho a sus enemigos para defender al caudillo.

La revolución maderista había sido grande, sólo por una razón: porque la Nación ya no soportaba a Don Porfirio Díaz. Odiaban al viejo ídolo oaxaqueño, todos los habitantes de la República; y lo odiaban por una razón, porque tenían hambre! El pueblo no quería evolucionar hacia la democracia, porque el pueblo no sabe lo que es democracia y conoce tanto de teorías como yo de Obispo. Quería comer, eso era todo.

Y como hay siempre agitadores que explotan a los que quieren comer, yo quise atraerme a unos y a otros.

Los primeros meses de mi Gobierno los empleé en dar de comer a los que lo pedían y en dar puestos y honores a los que se me acercaban. Abrí los brazos a todos, especialmente a los "pelados", como nos llamaban los felixistas.

Pero muy pocos se me acercaron, porque yo era militar, y los que conocían a los gobernadores militares me creyeron dispuesto a ayudar solamente a los de mi clase. No fueron suficientes todas las pruebas que di de mi indiferencia para ayudar a todos los elementos. Los ricos se dedicaron, como siempre, a abstenerse, a no mezclarse en los asuntos de la política, por miedo a que la revolución los castigara.

Por otra parte, tal cosa no me importaba. Había reunido en una junta que se llamó "de los notables", a los elementos más cultos de la ciudad de México y de allí no había salido ninguna luz: se dedicaron a hacerse pedazos los unos a los otros, resultando unos teorizantes sin ningún sentido práctico.

Entonces, desilusionado del elemento civil, me eché en brazos del Ejército.

EL GOBIERNO MILITAR

La militarización de México la hice con el fin de obtener un gran contingente de fuerzas para el caso de tener que emprender una campaña y también con este objeto: someter a todos los que quisieran oponerse a mi política, por medio de la disciplina militar.

No creo que nadie haya establecido un Gobierno Militar como el mío. Todos los mexicanos fueron militares. Los maestros de escuelas, los empleados, los barrenderos, los Ministros, los niños, los Gobernadores, los secretarios particulares, los diputados, los empleados de todos los ramos, todos fueron militares.

Hasta las mujeres tuvieron grados en corporaciones militares: me valí de las instituciones de la Cruz Roja, la Cruz Blanca, la Cruz Azul, de no sé cuántas cruces.

En todas partes se veían cintas y galones en los brazos; las grandes existencias de telas de kaki, fueron insuficientes para los pedidos que llegaban de los más apartados lugares de la República; las fábricas de galones, ganaron un capital!

Regía la Ordenanza en vez de la Constitución. En la

Secretaría de Justicia, los jueces tenía que obedecer a sus superiores gerárquicos, que se aprovecharon muchas veces para todo género de asuntos y en vez del criterio jurídico, se estableció el criterio de obedecer, que tenemos los soldados.

Por otra parte, extendía nombramientos de Generales, de Coroneles, de Capitanes, de todos los grados, a los civiles que me lo pedían.

Y, señores, la militarización de México, acabó con el Ejército Federal!

Los orígenes de muchos fracasos militares estuvieron en la participación que tuvieron los irregulares (así se denominaba a los militares que no eran de línea) en los combates contra los revolucionarios. Por un General Argumedo que por su arrojo avergonzó a veintidós generales federales en el desastre militar más grande, en San Pedro de las Colonias, había mil Generales y Jefes irregulares que saqueaban, mataban, incendiaban y huían ante el enemigo.....

LA PROSTITUCION DE LAS CRUCES

Otra de las causas más determinantes de la destrucción del Ejército Federal, fué la prostitución de las cruces del Mérito Militar.

Nadie ha observado ésto y sin embargo tiene importancia por los hechos que se relacionan con la disolución del Ejército Federal.

Señores, para un militar del Ejército Federal, del único Ejército de la República, la Cruz del Mérito Militar era la suprema aspiración.

Ni el General Díaz ni el señor Madero, habían otorgado la Cruz del Mérito a oficiales y jefes que no la merecieran. Se necesitaba que el gesto heroico que reclamaba la imposición de la Cruz, fuera de los más notables, digno de ser citado como ejemplo entre las más bellas acciones; llenar las condiciones que marcaba la Ordenanza, que son muchas, una como necesaria, haber sido herido por el enemigo y no abandonar el puesto durante todo el combate.

"Se necesita uno morir tres veces para obtener la condecoración del Mérito Militar" —dicen los militares para explicar lo difícil que es obtenerla.

Y yo pedí una lista de los sublevados de la Ciudadela para darles la Cruz del Mérito Militar!

A todos los que me pusieron en esta lista les dí la Cruz; a todos los que yo quise premiar para atraérmelos, porque eran honrados y valían, les dí la Cruz; y a todos los que quiso el General Mondragón que yo premiara por el Cuartelazo que rompía con la lealtad del Ejército, los condecoré con la Cruz del Mérito Militar!

Los que la merecían se sintieron humillados; los que no la merecían, se envanecieron y ya no ambicionaron nada más que enriquecerse.

Desde aquel momento la oficialidad no tenía ideales en el Ejército Federal. Luchaba sin estímulo. Luchaba, señores, por lo que luchó a favor de Don Francisco Madero: por honbría,—según ese gascón que se llama Eguía Liz.

Los grados a los civiles y los ascensos sin causa justificada, hirieron al Ejército. No complacían los ascensos a los militares, pues la gran masa, la que combatía, la que daba su sangre por el Gobierno, era postergada.

Tengo la seguridad de que se me odió más en la clase militar que a Don Francisco Madero—por lo menos más justificadamente.

La militarización llegó hasta los Gobiernos de los Estados en una forma deprimente. Algunos civiles protestaban; otros vestían el uniforme sólo para servir de escarnio a los hombres independientes.

Los Gobernadores Militares desarrollaron una acción brutal, de fuerza, de medidas arbitrarias, de despojos.....

Se odiaba a todos los Gobiernos Militares, a todos, sin excepción.

La leva y las contribuciones eran deprimentes. Reclamaba la guerra un contingente que hacía perder las labores en los campos y el fruto del trabajo en los pueblos.

De los hogares eran arrancados muchos hombres para que los Generales ineptos los ofrecieran de carnaza a la Revolución.

Los Gobernadores se enriquecían a costa de operaciones en que fracasaban todos los esfuerzos de los contribuyentes.

Tal como yo lo implanté, es el verdadero Gobierno Militar!

MIS HOMBRES

Mis hombres lo fueron de todas las capas sociales desde oficiales del Ejército procesados por el delito de